

BLAISE PASCAL

PENSAMIENTOS

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE MAURO ARMÍÑO

PRÓLOGO DE FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 41

© De la edición y la traducción, Mauro Armiño, 2009, 2023

© Del prólogo, Francesc Torralba Roselló, 2009, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-89-1

Thema: QDHR, QRAB, QDTJ

Depósito legal: M-27369-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO DE FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ	11
NOTA DEL TRADUCTOR	27
NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN	31
FRAGMENTOS TRANSMITIDOS POR LA PRIMERA COPIA	37
Los legajos clasificados [1-362]	39
I. Orden	41
II. Vanidad	43
III. Miseria	56
IV. Fastidio y cualidades esenciales al hombre	65
V. Razones de los efectos	65
VI. Grandeza	73
VII. Oposiciones	77
VIII. Divertimiento	85
IX. Filósofos	91
X. El soberano bien	93
XI. A P. R.	95
XII. Comienzo	101
XIII. Sumisión y uso de la razón	104
XIV. Excelencia de esta manera de probar a Dios	108
XV. Transición del conocimiento del hombre a Dios	110
XV. bis. La naturaleza está corrompida	120
XVI. Falsedad de las demás religiones	121
XVII. Volver la religión amable	126
XVIII. Fundamentos de la religión y respuesta a las objeciones	127
XIX. Que la ley era simbólica	132
XX. Rabinazgo	147
XXI. Perpetuidad	150
XXII. Pruebas de Moisés	154
XXIII. Pruebas de Jesucristo	156

<i>XXIV. Profecías</i>	163
<i>XXV. Símbolos particulares</i>	171
<i>XXVI. Moral cristiana</i>	171
<i>XXVII. Conclusión</i>	177
Papeles recortados en espera de clasificación [363-396]	181
<i>Serie I</i>	181
Pruebas de la religión por el pueblo judío, las profecías y algunos discursos [397-456]	189
<i>Serie II</i>	189
<i>Serie III</i>	194
<i>Serie IV</i>	204
<i>Serie V</i>	207
<i>Serie VI</i>	213
<i>Serie VII</i>	215
<i>Serie VIII</i>	216
<i>Serie IX</i>	222
<i>Serie X</i>	224
<i>Serie XI</i>	225
<i>Serie XII</i>	229
<i>Serie XIII</i>	235
<i>Serie XIV</i>	236
<i>Serie XV</i>	241
<i>Serie XVI</i>	246
<i>Serie XVII</i>	250
<i>Serie XVIII</i>	256
<i>Serie XIX</i>	258
Misceláneas [457-677]	263
<i>Serie XX</i>	263
<i>Serie XXI</i>	265
<i>Serie XXII</i>	266
<i>Serie XXIII</i>	269
<i>Serie XXIV</i>	288
<i>Serie XXV</i>	301
<i>Serie XXVI</i>	322
<i>Serie XXVII</i>	332
<i>Serie XXVIII</i>	339

<i>Serie XXIX</i>	344
<i>Serie XXX</i>	350
<i>Serie XXXI</i>	352
Milagros [678-707]	355
<i>Serie XXXII</i>	355
<i>Serie XXXIII</i>	359
<i>Serie XXXIV</i>	374
FRAGMENTOS TRANSMITIDOS POR FUENTES DISTINTAS A LA PRIMERA COPIA	389
Esdras [708-710]	391
<i>Serie XXXV</i>	391
Pensamientos suprimidos [711-735]	397
Otros fragmentos autógrafos [736-754]	419
Otros fragmentos [755-781]	449
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO	459

Prólogo

Los clásicos superan la prueba del tiempo. Persisten más allá de las modas, de las tendencias estéticas y literarias que circunstancialmente se imponen. Subsisten más allá del culto a lo nuevo que Jacques Maritain denominó, lúcidamente, *novolatría*. Permanecen porque en ellos se expresa algo esencial que los lectores que les visitan siglos después son capaces de reconocer y apreciar. Su éxito no depende de una campaña de publicidad, ni de una estrategia comercial. Depende, únicamente, del valor que contienen sus obras, de su capacidad para cautivar. Por eso, en sentido estricto, nunca se puede decir de un autor contemporáneo que sea un clásico, pues, como Hans Georg Gadamer dice, solo el tiempo lo confirmará.

El autor clásico no enlaza con el público porque capte lo que José Ortega y Gasset denomina «las palpitations del tiempo». Enlaza con el lector porque expresa lo que permanece, lo que subsiste más allá de las formas, de los nombres y de las vicisitudes. Es el caso de Shakespeare, de Tolstói o de Kafka. Son inmortales porque describen lo que subsiste en el alma humana, esas constantes en la historia: el amor, el odio, los celos, la bondad, la pesadumbre de existir, el miedo, la angustia, la culpabilidad. El lector se relee a sí mismo a través de los clásicos, comprende los vectores fundamentales de su ser, se asoma al abismo de su propia identidad.

Otro rasgo que caracteriza al autor clásico es su universalidad. No está circunscrito a un ámbito geográfico, político y cultural. A pesar de escribir desde un contexto determinado y a través de una lengua concreta, sus temas, sus preguntas, sus reflexiones tienen una amplitud universal, interpelan a todo ser humano, porque nada humano le es ajeno. Por ello,

el clásico desafía el tiempo, pero también el espacio, pues su obra es reconocida y leída más allá de sus fronteras; alcanza los aspectos nucleares de la condición humana.

En este sentido, puede afirmarse, sin temor, que los *Pensamientos* de Pascal es una de las obras clásicas de la filosofía occidental, uno de esos hitos que, en cualquier antología del pensamiento universal, ocupa un lugar de honor. Cuando uno lee atentamente los pensamientos que se vierten en esta obra, tiene la impresión de ser desnudado por el autor, pues esto es precisamente lo que se propone el filósofo francés, diseccionar el alma humana y liberarla de cualquier disfraz. Como buen psicólogo de las profundidades, Pascal se sumerge en el subsuelo del alma humana y describe al hombre inmortal. Sus pensamientos son, como dijera Miguel de Unamuno, la cristalización de un permanente autodiálogo, de una confrontación existencial que trasciende el yo psicológico y alcanza el yo universal que subsiste en todo ser humano.

Sin ánimo de ensayar una descripción biográfica del autor, parece oportuno, en una introducción a los *Pensamientos*, identificar algunos episodios de la vida de Blaise Pascal que permitan atisbar su rica personalidad y la genialidad de sus aportaciones en múltiples campos de la cultura.

Nació en Clermont en 1623 y murió en París en 1662, a la edad de treinta y nueve años. Hijo de Étienne Pascal, presidente de la Court des Aides, y de Antoniette Begon, que murió cuando Pascal solo tenía tres años. En 1631, la familia se instaló en París. Su padre asumió personalmente la educación de su hijo, lejos de las aulas del colegio y de la universidad. Desde los catorce años, Pascal acompañó a su padre en encuentros de la Academia de Marin Mersenne, donde distintos científicos discutían sobre todo tipo de cuestiones. A los dieciséis años hizo su primera exposición demostrando varios teoremas y la famosa propiedad del hexágono místico inscrito dentro de una cónica. Un año más tarde, publicó *Essai pour les coniques* [*Ensayos sobre las cónicas*].

En 1639, Étienne Pascal fue promovido por Richelieu a comisario de recaudación de impuestos de la Intendencia de Normandía y la familia se instaló en Rouen. La tarea de la colecta de los impuestos resultaba muy ardua y repetitiva, y Blaise Pascal, para facilitar el trabajo a su padre, elaboró una máquina automática de calcular, la primera calculadora de la historia, en 1642.

En 1646, tuvo lugar la denominada primera conversión de Pascal. Su padre, quemado en una cadera, recibió los cuidados de dos médicos, los hermanos Deschamps, que le hacen leer obras de inspiración jansenista y lo convirtieron a una vida cristiana muy ferviente. Pascal hijo recibió una intensa influencia de este movimiento.

En 1647, los problemas de salud obligaron a Pascal a regresar a París. En el plano científico, se interesó por la querrela sobre la existencia del vacío que confrontó a Torricelli con Descartes. Propuso varias experiencias para validar la existencia del vacío. El 24 de septiembre el padre de Pascal murió y ello le afectó muy intensamente. Al contrario de su hermana, Jacqueline, que entró en el monasterio de Port-Royal, Pascal halló refugio en la vida mundana y en las ciencias. Se interesó, entonces, por los números, se carteo con Fermat y, con su colaboración, fundó la teoría de las probabilidades.

Durante la noche del 23 de noviembre de 1654, Pascal experimentó una especie de éxtasis místico. Tal y como él mismo lo narra, experimentó sentimientos de certidumbre, de gozo y de paz interior. Se conoce como la segunda conversión de Pascal, que le condujo a renunciar a los placeres de este mundo y a las ciencias humanas. Se retiró en 1655 con los jansenistas de Port-Royal, que entonces se oponían a los jesuitas de la Sorbona. Pascal tomó partido en la querrela defendiendo a sus amigos jansenistas a través de dieciocho cartas que se conocen como las *Provinciales* (a partir del título de la primera, *Lettres écrites à un provincial par un de ses amis*).

Después de 1658, el filósofo francés retomó el contacto con la vida científica, estudiando las propiedades de la cicloide.

Empezó igualmente a elaborar una apología de la religión cristiana que, precisamente, será publicada a título póstumo, como los *Pensamientos*. Enfermó gravemente en 1659 y ello amputó el desarrollo de sus proyectos. Murió el 19 de agosto de 1662 como consecuencia de un cáncer de estómago.

Después de su muerte, la familia de Pascal descubrió, entre sus papeles, un gran número de manuscritos e impresos. Gilberte y Florin Périer empezaron, entonces, un importante trabajo de edición que literalmente fundó la gloria de Pascal. En 1663, publicaron *El equilibrio de los líquidos y la gravedad de la masa del aire*; después, en 1665, el *Tratado del triángulo aritmético*, y en 1670, la edición de los *Pensamientos* que se conoce como la de Port-Royal. Parece que en torno al mes de mayo, Pascal expuso los grandes rasgos de su proyecto en el decurso de una conferencia dictada en Port-Royal.

En la figura de Blaise Pascal convergen el científico, el filósofo, el místico y el polemista. Su obra es la clara expresión de una mente genial, polifacética y extraordinariamente capaz. Se podría decir de él que tenía una mentalidad interdisciplinar, puesto que no solo fue habilidoso en distintas áreas del saber, sino que, además, buscó paralelismos y simetrías entre las distintas ciencias. Nos ha legado obras de carácter científico como *Nuevos experimentos sobre el vacío* (1647) y *Relación del gran experimento del equilibrio de los líquidos* (1648), pero también obras de carácter filosófico y teológico, entre las que destacan dos producciones: las *Provinciales* y los *Pensamientos*.

Se puede considerar a Pascal como un caso único en la historia de las ideas, no solo por su doble identidad, la de científico y la de filósofo, sino por su faceta espiritual y su condición de escritor. Otros pensadores albergan el título de científico y filósofo; es el caso de Aristóteles, Descartes o Newton, pero en el caso de Pascal nos hallamos frente a un autor preocupado, además, por el estilo literario y profundamente inquieto en el terreno espiritual. Todo ello le hace un caso singular.

Se le puede caracterizar, en sentido estricto, como un pensador cristiano y moderno. Vive problemáticamente su fe en el marco de la modernidad, elaborando nuevas categorías intelectuales para comprenderse a sí mismo a la luz de la fe cristiana. Se identifica plenamente con los ideales y los modos de la modernidad y, precisamente por ello, ejerce con alta intensidad la crítica, la libertad de expresión y el ejercicio de la argumentación racional. Su pensamiento filosófico parte de lo que Wilhelm Dilthey caracteriza como el enigma de la vida. Es un pensamiento arraigado a la existencia individual, elaborado desde la circunstancia histórica concreta. Refleja, a través de sus páginas, las perplejidades y preguntas del ser humano, con un lenguaje directo, accesible, lejos del barroquismo escolástico.

Los *Pensamientos* no constituyen una obra unitaria. Su presentación fragmentaria les confiere una forma muy contemporánea. Está integrada por un conjunto de notas que, como se ha dicho, iban destinadas a formar parte de un trabajo que debía tener como título *Apología de la religión cristiana*. Si tuviéramos que expresarlo con las palabras de Søren Kierkegaard, sus *Pensamientos* son como migajas filosóficas. Ni en esta ni en otras obras, el filósofo francés deja una exposición sistemática de su pensamiento; pero, a pesar de ello, su filosofía tiene una unidad de sentido. Subsiste una unidad.

No es un puro mosaico de ideas, ni un ejercicio de eclecticismo. De los *Pensamientos* emana una visión del hombre, así como del mundo, de Dios, de la historia; también una hermenéutica del cristianismo. Articulado de modo aforístico, Pascal mezcla, irónicamente, la lección sapiencial con la crítica mordaz.

Muy interesante es su comprensión de la condición humana. Caracteriza al ser humano como un ente fronterizo, polarizado entre el tiempo y la eternidad, entre la vida contemplativa y la vida práctica, entre la razón y el corazón. Muestra su singularidad en el conjunto del cosmos y lo concibe como

un ser capaz de actos libres y de embelesarse con la naturaleza. Maravillado, pero simultáneamente decepcionado por la condición humana, Pascal relata con precisión las contradicciones internas del ser humano y su sed de sentido último.

No es una obra, los *Pensamientos*, para leer linealmente. Es un texto para meditar, para releer, pues cada uno de sus pensamientos contiene una fuente de sabiduría. Más allá de los tópicos, Pascal describe, con penetración, el alma humana y, al hacerlo, el lector, por alejado que esté de su tiempo, se siente retratado. No ofrece soluciones mágicas, pero sitúa con rigor los verdaderos problemas de la existencia humana. Algunos le han considerado, junto con san Agustín, un precedente del existencialismo y no en balde, pues el filósofo francés está vitalmente involucrado en la filosofía que teje.

Leer los *Pensamientos* es, por todo lo dicho, un ejercicio de introspección. Pascal trata, en ellos, del ser humano, de cada uno de nosotros. Su estilo natural, sin artificios, sin tecnicismos propios de la jerga filosófica, le hacen cercano, pero nada banal. Tiene el don de la sencillez expresiva, el valor de la claridad, que, como decía José Ortega y Gasset, es la verdadera cortesía del filósofo. En él confluyen profundidad y claridad, dos rasgos que extrañamente van acompañados en la historia de la filosofía. Algunos, decía Friedrich Nietzsche, precisamente porque carecen de profundidad, retuercen el lenguaje, dándose, de este modo, apariencia de profundidad. No es el caso de Pascal. El lector que se anime con los *Pensamientos* hallará un texto claro y ágil, que trata de las profundidades.

Se podría decir, con Pierre Hadot, que la lectura de los *Pensamientos* es un verdadero ejercicio espiritual comparable a la lectura del *Enquiritión* de Epicteto. Si por ejercicio espiritual se comprende un trabajo de introspección, análisis, valoración y reflexión sobre la propia existencia, la lectura de Pascal suscita, con creces, este tipo de actividades. Nadie permanece indiferente a su lectura. Lo mismo pasa con Friedrich Nietzsche, con Søren Kierkegaard y con Miguel

de Unamuno. Al acercarse a sus obras fundamentales, cada lector hace sus hallazgos, porque los pensamientos que se vierten en ellas no son homogéneos ni simétricos y, como siempre ocurre, son recibidos según la forma del recipiente. La filosofía de Pascal, en la medida en que es un esfuerzo hacia la sabiduría, es, indisolublemente, un discurso crítico y un ejercicio de transformación de uno mismo.

Como escribe uno de los máximos expertos del pensamiento de Blaise Pascal en nuestro país, Pere Lluís Font, «Pascal se propone hacer una “fenomenología” de la condición humana y una presentación del cristianismo como la clave que permite entender [...] el misterio del hombre».¹ Mucho antes que Edmund Husserl articulara el método fenomenológico que tan buenos y bellos frutos ha dado en el siglo xx, particularmente en el campo de la antropología filosófica y del estudio del hecho religioso, Pascal se impone también la tarea de ir a las cosas mismas, de describir lo esencial del ser humano, más allá de los tópicos y de las apariencias.

El filósofo francés expresa una vivencia muy común en el hombre contemporáneo, la sensación de extrañeza frente al mundo. Describe, mucho antes que Søren Kierkegaard, el vértigo existencial. «El silencio de los espacios infinitos —afirma— me aterra» (*le silence éternel de ces spaces infinis m'effraie*, Br 206). El pensador, profundamente cautivado bajo la cúpula celestial, experimenta, en simultáneo, la grandeza de la condición humana, pero también su ínfima contingencia.

Escribe Pascal: «La grandeza del hombre es mucha, porque él conoce su miseria. Un árbol no conoce su miseria. Es, pues, ser miserable el hecho de sentirse miserable, pero es ser grande el hecho de conocer que se es miserable» (Br 397; La 114; Ch 255).

El filósofo francés reconoce la doble ley que rige la vida humana. Entiende, antes que Ludwig Feuerbach, que en el

1 Lluís Font, P. (1996): *Introducción a la lectura de Pascal*, Barcelona, Cruilla, p. 35.

ser humano existen dos centros de operación: la cabeza, sede de la razón; y el corazón, sede de los sentimientos.

«El corazón —escribe Pascal— tiene sus razones, que la razón no conoce: se ve esto en mil cosas. Digo que el corazón ama naturalmente al ser universal; y se ama naturalmente a sí mismo, si a ello se entrega; y se endurece entre lo uno, o contra lo otro, según elige. Si habéis abandonado lo uno o lo otro, ¿vuestro amor nacerá de la razón?» (Br 277; La 423; Ch 477). Defiende el pensar como actividad propia del ser humano, como un rasgo que le distingue y le hace sobresaliente en el conjunto de la naturaleza. Sin caer en el racionalismo («el corazón tiene sus razones») reconoce el valor de la razón para comprender y atisbar algo de la realidad. Sin embargo, también reconoce, antes que los filósofos posmodernos, su constitutiva debilidad. La razón no lo puede todo, ni el espíritu de geometría puede explicar todos los misterios y enigmas de la condición humana.

Tal y como advierte Pascal de forma profética, lo que la gente quiere es «distraerse de pensar qué es [...] mediante alguna pasión noble y agradable que la mantenga ocupada, como el juego, la caza o algún espectáculo atractivo». La gente quiere escapar de la necesidad de pensar en «nuestra condición infeliz», y por tal razón «preferimos salir a cobrar-nos alguna pieza». El temor a pensar, el pánico a enfrentarse al drama de la existencia personal conduce a una especie de permanente diversión. Lo esencial es no pensar, no dar vueltas a las cosas, distraerse, entretenerse con los grandes escaparates y con la vida del último ídolo.

Pascal se anticipa a la crítica del divertimento y de la cultura de la evasión propia de nuestro siglo, especialmente acrecentada por los medios audiovisuales:

«La sola cosa que nos consuela de nuestras miserias —dice— es la diversión, y, sin embargo, esta es la mayor de nuestras miserias. Porque es ella principalmente la que nos impide pensar en nosotros mismos. Sin ella caeríamos en el fastidio, y este fastidio nos conducirá a buscar el medio